Partia unidas Sapor I.° (240 271) rechazó á los romanos, hizo prisionero al emperador Valeriano á quien dió muerte afrentosa y agregó á su reino Armenia y Mesopotamia.

Ya en los últimos años del siglo 3° (296), las armas romanas dirigidas por Galerio lavaron antiguas derrotas y obtuvieron la cesión de cinco provincias, en virtud de la paz impuesta á Narses, monarca entonces de los persas.

LA IGLESIA.

Persecuciones durante el siglo 3°.—*La séptima persecución* fué ordenada por el emperador Maximino; Decio decretó la *octava* que duró poco tiempo, aunque se distinguió por su rigor y violencia; la *novena* se efectuó en la época del emperador Valeriano; y la *décima* y última (303) fué dispuesta por Diocleciano, duró varios años y excedió en crueldad y número de víctimas á las que le habían precedido, por lo cual fué también llamada *Era de los Mártires*.

Edad heroica del Cristianismo.—Llámase así al dilatado período que abrió la primera persecución y que tuvo fin con los edictos de tolerancia expedidos por los emperadores en los primeros años de la cuarta centuria. Durante dos siglos y medio el cristianismo fué desconocido oficialmente por el gobierno del imperio y castigado diez veces con extrema crueldad. Sin embargo, *la sangre de los mártires*, como decía el apologista Tertuliano, *era semilla de cristianos*: la nueva fé religiosa se fortaleció con las persecuciones y al espirar el siglo 3º se hallaba propagada en todas las provincias del imperio y profesaban y defendían sus principios gentes de todas clases y condiciones, desde las más humildes hasta las que se hallaban colocadas en la cúspide del poder y la fortuna. La sociedad antigua espiraba ahogada en su inmensa corrupción y todo se hallaba preparado para una evolución salvadora y fecunda.

Durante las persecuciones refugiábanse los cristianos en las cavernas y las catacumbas para orar y fortalecerse mútuamente á fin de afrontar el martirio. Más célebres entre todos estos asilos fueron las catacumbas de Roma, y como los cristianos depositaban en ellas los cadáveres de sus correligionarios, llamábanles también *cementerios*, esto es, dormitorios, para indicar que la muerte no era más que el principio de otra vida mejor. En el Oriente llegó á creerse que todo perfecto cristiano debía alejarse de los demás hombres. Los que se retiraban del mundo para vivir en la soledad fueron llamados *anacoretas* (hombres que viven apartados), ó *monjes* (solitarios). Esta costumbre se estableció á mediados del siglo 3º.

SIGLO 4.

LOS CONSTANTINOS.

SUMARIO.

Roma.—Sucesores inmediatos de Diocleciano (305-324).—Constantino el Grande, emperador único (324-337).—Los Constantinos (337-363).—Joviano, Valentiniano y Valente (363-378).—Graciano, Valentiniano II y Teodosio (375-395).—División del imperio (395); Alarico en Grecia (395-397).—Cultura intelectual en el siglo 4º y principios del 5º

La Iglesia.—Paz y constitución de la Iglesia.—Herejía de Arrio [318].—Los Padres de la Iglesia.

ROMA.

Sucesores inmediatos de Diocleciano (305-324).—Fué la muerte del magnánimo Constancio *Chloro*, acaecida en York á mediados de 306, el principio de grave perturbación en el sistema laboriosamente establecido por Diocleciano. El *césar* Severo ocupó con calidad de *augusto* el lugar del difunto Constancio, y el hijo de éste, *Constantino*, que contaba á la sazón treinta y dos años, fué proclamado *césar* por las legiones de Bretaña y reconocido con ese carácter, aunque de mala gana, por el emperador Galerio. No terminaba el año 306 sin que *Maxencio*, hijo de Maximiano Hércules, se hiciese aclamar *césar* por las tropas y el pueblo de Roma; el emperador Severo marchó contra él, pero abandonado de los suyos se refugió en Rávena donde hubo de entregarse á *Maxencio*, que mandó matarle algún tiempo después (Julio de 307). Maximiano-Hércules, mal avenido con la abdicación á que le había obligado Diocleciano se proclamó de nuevo emperador, pero desconfiando de su propio hijo *Maxencio*, que dominaba en Roma, buscó amparo en las Galias al lado de *Constantino*, á quien dió por esposa su hija Fausta. Entre tanto, Galerio nombraba *augusto* en sustitución de Severo al distinguido general *Liciniano Licinio*, y poco tiempo después se vió en la necesidad de reconocer con igual título y categoría á *Constantino* y *Maximino Daya*, que hasta entonces sólo tenían la más inferior de *césares*. El mundo romano contó entonces seis emperadores á un tiempo: *Maximiano*, *Constantino* y *Maxencio* en Occidente; *Galerio*, *Licinio* y *Maximino* en Oriente (308).

El viejo Maximiano conspiró contra su yerno *Constantino* y éste le obligó á darse la muerte (310). Galerio falleció en Nicomedia el año siguiente, después de ordenar que terminase la persecución de que eran víctimas los cristianos desde hacía ocho años, y *Licinio y Maximino Daya* se dividieron entre sí todas las provincias del Oriente. *Constantino* se había cubierto de gloria en las fronteras del Rhin peleando contra los *francos* á los que venció en cien combates, y llamado por los italianos para que los libertase del yugo intolerable de *Maxencio*, atravesó los Alpes con 100,000 hombres, desbarató las tropas del enemigo que le disputaron el paso en el Norte de Italia, y en el puente Milvio, poco distante de Roma, se trabó una batalla en la que *Maxencio* fué derrotado y muerto (27 de Octubre de 312).

La batalla de *Saxa-Rubra*--que así se llamó á la ganada por *Constantino* cerca del puente Milvio-fué de grande importancia histórica. Desapareció allí uno de los cuatro emperadores que aspiraban al mando exclusivo, el vencedor quedó dueño de la mital occidental del imperio, y Roma le recibió como libertador. Mayores consecuencias tuvo en el orden religioso: al emprender la campaña contra *Maxencio* hizo trazar *Constantino* en los escudos de sus legionarios las letras XP enlazadas, que significan el nombre de Cristo, y que, según creen algunos, usaban ya los cristianos, quienes explicaron luego tal disposición del hijo de Constancio *Chloro*, diciendo que en un sueño había recibido esa inspiración. Aquel monograma fué en lo sucesivo el símbolo más usado de los cristianos vencedores. Otros afirman que *Constantino* lo adoptó con la esperanza de que el Dios de los cristianos desbaratase los artificios mágicos de los gentiles, de los que se tenía por maestro doctísimo al mismo *Maxencio*.

El triunfante *Constantino* publicó en Milán, á principios del año 313 y de acuerdo con *Licinio*, el famoso edicto de la completa libertad de cultos, después de haber expedido otro favorable á los cristianos cuando entró vencedor en Roma. El edicto de Milán derribó los obstáculos que se habían opuesto al libre ejercicio del cristianismo, el cual, lo mismo que los demás cultos, quedó reconocido legalmente con iguales derechos que la antigua religión del Estado, y mandó devolver á los cristianos los bienes de que habían sido despojados. Poco después de este acto memorable, *Maximino Daya*, desavenido con sus dos colegas, fué derrotado por *Licinio* en Adrianópolis y murió en Capadocia tres meses más tarde (Julio de 313). De todos aquellos emperadores que cinco años antes pretendían arrogarse el mando supremo sólo quedaban *Constantino* y *Licinio*. Pronto vinieron á las manos (314), y aunque el primero salió vencedor en todos los encuentros prefirió acomodarse con su enemigo á destruirle por completo, temiendo los

esfuerzos de una resistencia desesperada. Varios años vivieron en paz, pero en 323, con motivo de haber invadido *Constantino* los estados de su colega para perseguir á los *sármatas*, renovóse entre ambos la guerra, y *Licinio*, derrotado en varias grandes batallas, acabó por pedir la paz y retirarse á Salónica como simple ciudadano. Pero no podía reinar tranquilo el receloso *Constantino* mientras viviese su vencido rival, y faltando á la palabra empeñada, mandó matarle en mayo del año 324.

CONSTANTINO EL GRANDE, EMPERADOR ÚNICO (324-337).—La derrota y asesinato de *Licinio* aseguraron á Constantino el mando de todo el imperio, y este príncipe ambicioso vió al fin realizadas las aspiraciones de toda su vida. Durante los trece años en que reinó solo, pudo llevar á cabo trabajos pacíficos que realzaron su gobierno, y alguno de ellos tuvo una trascendental importancia para todo el Occidente.

Las teorías del presbítero Arrio acerca de la relación entre Dios Hijo y Dios Padre habían dividido profundamente á la Iglesia al día siguiente de su triunfo (318), y aunque Constantino excitó á los dos partidos á la paz y á dejarse de "disputas vanas sobre cosas insondables,» la controversia se encendió más cada día y aquel emperador resolvió convocar un concilio para que resolviese la dificultad. El concilio de Nicea, formado de 318 obispos condenó las doctrinas de Arrio que se hallaba presente y formuló el famoso *símbolo de Nicea* (325). Al año siguiente Constantino horrorizó á paganos y cristianos con la muerte que mandó dar á su primogénito Crispo y á su segunda esposa la emperatríz Fausta, por sospechas de conspiración, según unos, y en opinión de otros por atentar ambos á la honra del mismo emperador.

Uno de los más importantes actos de Constantino en su época postrera fué la fundación de Constantinopla en la antigua ciudad provincial griega de Bizancio. Allí se levantó la hermosa y nueva capital, y tanta fué la actividad de su fundador que en el espacio de dos años (328-330) construyóse la gran muralla, alzáronse suntuosos edificios públicos y pudo inaugurarse solemnemente la sucesora y rival de Roma.

La variación profunda que introdujo Constantino en el modo de ser del imperio, ora protegiendo resueltamente al cristianismo, ora transformándolo en mo-

narquía absoluta, y la necesidad de situar el centro administrativo, militar y político en un lugar más adecuado, fueron los motivos que impulsaron á ese emperador á elegir el asiento de la antigua Bizancio para centro y sede del gobierno. La ciudad que se alza en la península del Cuerno de Oro, orillas del Bósforo, debía solamente por su posición sin igual sostener el poderío romano cuando éste se viera seriamente amenazado, y la magnífica creación de Constantino mantuvo en pié al imperio de Oriente hasta mediados del siglo XV. En nuestros tiempo, la sola posesión de Constantinopla es un elemento poderosísimo de vida y resistencia para el decadente y corrompido imperio de los otomanos.

Constantino completó y concluyó la organización del régimen imperial absoluto comenzada por Diocleciano. El dilatado imperio fué dividido por él en cuatro grandes prefecturas: la de Oriente, la de Italia, la de Iliria y la de Galia, y en dos provincias proconsulares, Asia y Africa, con su capital Cartago. La centralización del poder en manos del emperador absoluto se consolidó con la creación de grandes ministerios, y los empleados subalternos que eran muchísimos, formaban varias categorías, dando esto origen á una serie de tratamientos y títulos, como los de *glorioso*, *nobilísimo*, *ilustre*, *respetable*, *clarísimo*, *perfectísimo y honorable*, que se conservaron especialmente en el imperio de Bizancio. Constantino reformó también el ejército y las escuadras, en los que admitió un gran número de *germanos*, *godos* y *francos*, y en el año 335 estableció 300,000 *vándalos* en Panonia y parte de la península de los Balkanes.

Supo hasta su muerte sostener aparente neutralidad entre la nueva religión y los cultos antiguos, cuidando de que al favorecer á la una los partidarios de los otros no se creyeran postergados. Sintiéndose gravemente enfermo se hizo bautizar, y murió en una quinta cerca de Nicomedia el 22 de Mayo del año 337.

Constantino tuvo grandes dotes de gobierno, un vasto talento militar y organizador, una exquisita sagacidad para aprovechar todos los elementos favorables á su política, una admirable perspicacia en comprender que el porvenir era del poder irresistible de los cristianos, y aliándose con ellos detuvo la inminente ruina del imperio. Fué insaciable en su ambición de mando, no pocas veces pérfido y cruel, y no tuvo piedad, consideración ni misericordia siempre que creyó amenazada su autoridad.

Su madre Elena hizo un viaje á Tierra-Santa donde fundó varias iglesias y —según se dijo en su época—descubrió la verdadera cruz. Regresó á la corte de su hijo y se ignora el año de su fallecimiento.

Los Constantinos (337—363).—Los sucesores del gran Constantino fueron sus tres hijos Constantino II, Constancio y Constante educados en la religión cristiana, y sus sobrinos *Dalmacio* y *Anibaliano*. Todos estos príncipes habían sido declarados *césares* y gobernaban, respectivamente, vastas porciones del mundo romano. Pocos meses después de la muerte de Constantino las tropas de la nueva capital Constantinopla—díjose que con conocimiento de los tres hermanos—asesinaron á *Dalmacio*, á *Anibaliano* y á otros muchos miembros de la familia imperial, salvándose tan solo los jóvenes *Galo* y *Juliano*. Los tres emperadores hermanos se repartieron entre sí el imperio, tocando á Constantino II las Galias con la parte occidental de la provincia de Africa; á Constancio las provincias asiáticas, Egipto, y Tracia con Constantinopla; y á Constante, Iliria é Italia. No tardaron mucho en disputarse la posesión de algunos de esos estados, y Constantino II sucumbió no lejos de Aquileya [340] en un combate contra Constante, quien agregó entonces á las suyas las provincias que había gobernado su difunto hermano,

Débil, inexperto y vicioso, Constante perdió en pocos años el afecto de sus súbditos y fué derrotado y muerto por las tropas de *Magnencio* (Enero de 350), general de origen franco que habían proclamado emperador las legiones acantonadas en Autun, al mismo tiempo que las de Iliria aclamaban para el mismo puesto á su jefe *Vetranio*. Constancio, el último de los tres hijos de Constantino y el más capaz de todos ellos, se hallaba á la sazón ocupado en una larga y sangrienta guerra con los *persas*: sabedor de los sucesos de Occidente, pactó una tregua con Sapor II, volvió á Europa con su ejército, redujo fácilmente á *Vetranio*, con mayor empuje y peligro á *Magnencio* que se dió á sí mismo la muerte [Agosto de 353], y desde entonces quedó soberano único de todo el vastísimo imperio.

Fué Constancio un general esforzado y gobernante laborioso

y activo, pero era también orgulloso, sombrío, desconfiado y cruel, siempre que creía amenazada su autoridad. Había nombrado *césares* á sus dos primos *Galo* y *Juliano*, únicos que se libraron de aquella espantosa matanza ordenada por los tres hijos de Constantino en los albores de su reinado; pero *Galo* intentó rebelarse y el implacable Constancio le castigó con la muerte. *Juliano* ilustró su nombre en las Galias rechazando en sangrientos combates á los temibles *francos* y rigiendo con admirable acierto las provincias que se le habían confiado. Un día recibió órdenes de Constancio para que le enviase algunas de sus legiones, á fin de incorporarlas en el ejército que apercibía contra los persas; amotináronse entonces los soldados de *Juliano*, y apesar de su enérgica resistencia lo proclamaron emperador en París al terminar el año 360. Supo Constancio desde el fondo del Asia Menor los graves sucesos de Occidente, y aunque empeñado ya en la difícil campaña de Persia se dispuso á volver á Europa para combatir á su nuevo rival, pero la muerte le sorprendió en Mopsucrena, al pié del Tauro [Noviembre de 361]. *Juliano* fué reconocido por todo el imperio, y le devolvió la paz.

El nuevo emperador estaba dotado de eminentes cualidades y sólidas virtudes, que había puesto á prueba durante cinco años en el difícil gobierno de las Galias. Más en relieve se ostentaron sus altísimas dotes cuando se asentó en el solio imperial, sin que el ejercicio del mando supremo alterase ni su bondadoso carácter, ni la pureza de sus costumbres, que siempre estuvo por encima de toda calumnia. "Era inaccesible á las tentaciones más seductoras "—dice uno de sus biógrafos;—su vida era sencillísima; su activi- "dad para el bien de los pueblos incansable; su bondad, su indul- "gencia para con las debilidades agenas presidieron todos sus "actos y disposiciones, y si observadores críticos encontraron que "en todo esto había algo afectado y pretensioso, esta afectación "no disminuía el mérito de sus actos ni el beneficio que de ellos "resultaba para los pueblos, los cuales habían perdido la memo- "ria de iguales bondad y solicitud en sus gobernantes. Tenía el "defecto de los filósofos de su tiempo, la vanidad de hacerse ad-

"mirar por su elocuencia viva y elegante, por sus escritos, su "exagerada sencillez de vida y su porte exterior."

El grave error de Juliano y que le acarreó el dictado de *Apóstata*, así como dificultades y amarguras en su corto reinado, fué su empeño en rejuvenecer y restaurar el caduco culto pagano para oponer un dique al cristianismo dominador. El extremado celo religioso de Constancio, instigador de los asesinos de toda su familia, y las sombrías disputas nacidas entonces en el seno de la Iglesia misma le produjeron desvío intenso por la religión en que fué educado; al mismo tiempo, las teorías de los neo-platónicos y los estudios que hizo en Atenas (352-355), le sedajeron hasta el punto de intentar una obra imposible. Juliano juzgaba al mundo pagano con su alma grande y noble, admiradora de lo bello, inclinada al misticismo, y por eso cuando subió al imperio se creyó destinado á restaurar el culto y los altares de los antiguos dioses, sin ver que luchaba contra la marcha progresiva de la humanidad. Mandó abrir los templos paganos, cerrados por sus antecesores, pero al mismo tiempo proclamó libertad para los demás cultos; ordenó que las comunidades cristianas devolviesen los bienes que habían sido arrebatados á las paganas; prohibió á la iglesia la jurisdicción eclesiástica, y eliminó á los cristianos de la enseñanza literaria. Una oposición formidable se levantó entonces contra todas esas disposiciones, sin que el noble Juliano acudiese á la crueldad ni á la sangre para contrastarla. La guerra de Persia lo apartó de una situación abrumadora: llevó triunfante sus legiones hasta más allá del Tigris, y una flecha enemiga lo hirió mortalmente el 26 de Junio de 363. Juliano murió á los treinta y dos años de edad; con él se extinguieron la familia y dinastía de Constancio *Chloro*, y también sucumbió el paganismo para no levantarse más.

Joviano, Valentiniano y Valente (363-378).—La noticia de la muerte de Juliano, último de los Constantinos, fué celebrada con ruidoso júbilo por los cristianos de Oriente y Occidente, y al estruendo de aquella inmensa alegría se derrumbaba la antigüedad olímpica, por un momento rejuvenecida. El ejército, al día siguiente de la muerte de Juliano, eligió emperador al jefe de legión Joviano, afable y valiente, pero que firmó una vergonzosa paz con los persas, pues ardía en deseos de llegar cuanto antes á Constantinopla. La muerte le sorprendió en el camino y falleció en una pequeña ciudad de Bitinia (Febrero de 364) después de un corto reinado de ocho meses. Durante su gobierno devolvió á las iglesias